

CAPÍTULO CUARTO

AMENAZAS Y RIESGOS DE CARÁCTER MILITAR

AMENAZAS Y RIESGOS DE CARÁCTER MILITAR

Por GONZALO PARENTE RODRÍGUEZ

La amenaza militar en tiempo de cambio

El riesgo militar viene siendo presentado como una posibilidad teórica a medio o largo plazo, con un escenario bélico en los territorios de países europeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), caso que podría conducir a la guerra total, aunque ésta fuera defensiva. Tal posibilidad es contemplada por dos publicaciones militares de prestigio, como son: *El Libro Blanco de la Defensa*, del Reino Unido (*British Security 2010*) y *el Informe Anual Estratégico* del Instituto Nacional de Estudios Estratégicos (INNS) de Estados Unidos, de 1998.

En este ambiente, conviene comenzar por situarse en el tiempo en que vivimos. Tiempos de cambio y transición de tal importancia psicológica que, escribiendo este trabajo en el segundo milenio y siglo xx, probablemente verá la luz en los siguientes siglo y milenio.

Para Alvin Toffler (*Las guerras del futuro*, 1994; p. 19):

«Las contiendas bélicas, auténticas, potenciales e imaginarias, conforman nuestra existencia, pero existe una realidad inversa completamente olvidada. Porque nuestras vidas están modeladas también por las guerras no libradas, porque fueron evitadas por las victorias prematuras de las “antiguerras”... en su nivel más alto, las antiguerras suponen aplicaciones estratégicas del poder militar, económico e informativo para reducir la violencia asociada, tan a menudo, con un cambio en la escena mundial.»

En estos tiempos de cambio y transición, ante la posibilidad bélica grave, medianamente remota pero nunca imprevisible, podemos y debemos hacernos varias preguntas de importancia trascendente, en cuyas respuestas trataremos de reflexionar en este capítulo del estudio sobre la amenaza militar en el horizonte del año 2010:

- ¿Cuáles son los principales retos militares a la seguridad colectiva?
- ¿Cómo son los conflictos bélicos en el fin de siglo?
- ¿Qué son las organizaciones de seguridad y defensa?
- ¿Cómo puede ser la guerra del siglo XXI?
- ¿Cuáles serán las nuevas misiones de los ejércitos?

Desde el punto militar hay que reconocer que estamos viviendo una auténtica Revolución de los Asuntos Militares (RMA) en inglés, *Revolution in Military Affairs*. Es una revolución porque supone un cambio no previsto, por la influencia que los nuevos medios tecnológicos de la sociedad de la información han operado en las posibilidades de actuación de las fuerzas militares. Pero además la tecnología informática, ha coincidido en su avance, con el desarrollo enorme del empleo de los satélites en el campo de la información y con los nuevos medios de guiado de misiles. De esta forma aseguramos que se está produciendo un salto tecnológico revolucionario en el ámbito militar que indudablemente tendrá gran influencia en el futuro de la guerra.

En lo que respecta a los retos a la seguridad, se observa que la globalización, no por afectar a zonas alejadas, puede implicar riesgos menores. De esta forma podríamos preguntarnos: ¿Cuánto tiempo sobrevivirían las sociedades industriales avanzadas sin recibir productos energéticos básicos, como el petróleo o el gas? Es evidente, que el corte de las líneas de comunicación, transporte y distribución de estos recursos vitales amenazaría la supervivencia de nuestras industrias y poblaciones por tanto. Otro defecto de la globalización de la seguridad es la necesidad de aportar fuerzas militares a la comunidad internacional, en las acciones dirigidas a frenar y prevenir conflictos regionales que puedan desestabilizar zonas más amplias y poner en riesgo la paz internacional.

Por otro lado, la seguridad internacional se ve también afectada por la multiplicidad de los actores, porque el final de la guerra fría ha liberado unas 20 naciones (en la región europea), cuyos líderes buscan nuevos planteamientos para su seguridad nacional. Pero también la globalización de la información ha producido efectos sobre la seguridad, tales son: el interés por conseguir la internacionalización de los conflictos; la pugna

por alcanzar los intereses enfrentados y la entrada en acción de grupos anónimos, dispuestos a conseguir beneficios de todo tipo, aunque sea a costa de la inseguridad y desestabilización social. Tales son las acciones del terrorismo, la droga, el tráfico de armas o el crimen organizado.

Finalmente, hay que considerar como riesgos importantes a la seguridad nacional e internacional, las disputas por la libre disposición de los espacios internacionales, marítimos y aéreos, aspectos tan discutibles como la posición de satélites en el espacio exterior o el control del tráfico aéreo, cada día más congestionado. Pero no podemos olvidar, aspectos fundamentales para el futuro de la humanidad, tan importantes como los límites internacionales marítimos o las investigaciones en los aspectos submarinos y el consiguiente derecho de control de los Estados sobre ellos.

La globalización de los mercados ofrece en todo el espacio terrestre un campo más amplio de consumo mundial, de tal magnitud, que se está dibujando un panorama de competitividad económica que puede sumir a las naciones en conflictos de intereses desconocidos hasta hoy. En este ambiente, los Estados frágiles, las sociedades desorganizadas y los sectores de población marginales corren sin duda graves riesgos de desestabilización.

Esto es lo que está sucediendo en los países del Sureste Asiático. El caso de Indonesia es paradigmático como Estado frágil basado en un extenso territorio con 30.000 islas, con dificultades para ejercer la ley.

Con un enorme potencial económico, pero con grandes carencias de orden político y social que producen una continua inestabilidad interna. El caso de Timor Oriental refleja perfectamente esta situación que ha obligado a la comunidad internacional a intervenir con un contingente militar de 8.000 soldados para pacificar este territorio. Se confirma así la globalización de la seguridad internacional que se observa claramente en dos direcciones: la primera está en el ámbito del Derecho Internacional, con los esfuerzos para establecer un Tribunal Penal Internacional dedicado a juzgar las conductas criminales de líderes políticos que ignoren los derechos humanos y practiquen el genocidio; en segundo lugar, está la práctica del derecho de injerencia que supone el envío de fuerzas de paz internacionales para la ayuda humanitaria de poblaciones desvalidas. Todo ello implica una activación del empleo de unidades militares para acudir a las zonas conflictivas con capacidad de intervención.

Los conflictos del nuevo siglo

El panorama de los comienzos del siglo XXI presenta un cuadro de conflictividad compleja y de difícil diagnóstico, razón por la cual, tendremos que referirnos a tres aspectos concretos: al tiempo precursor, el ámbito geográfico y la tipología de conflictos que requieren el empleo de fuerzas militares para su solución.

Partiendo de la situación del tiempo de posguerra fría que vivimos, tenemos que referirnos a la perspectiva de los conflictos que pueden afectar a Europa o bien a la Alianza Atlántica, todo ello en un periodo de tiempo como mínimo de una década, es decir, hasta el año 2010. Pero nuestras referencias son las dos últimas décadas vividas en este siglo. Son 20 años de cambios en la geografía europea que han dejado un escenario estratégico incierto e inestable, sobre todo en el este y centro del continente. Por ello tenemos que considerar que una zona de amenaza se ha transformado en un espacio de riesgo. Para un observador atento, los conflictos no saltan sin motivos; los conflictos tienen sus raíces y sus causas, que facilitan que puedan ser abortados, prevenidos o neutralizados antes de que se produzcan.

La guerra fría llegó a esta conclusión cuando en 1992 organizó en Viena el Centro de Prevención de Conflictos, dependiente de la entonces Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) —hoy Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE)—. En aquellos tiempos se vivía bajo el influjo del «Fin de la Historia», de Francis Fukuyama que muchos identificaron con el «fin de la guerra» que ya había sido desmentida por la emergencia de dos conflictos sangrientos, el del Golfo y el de Bosnia.

Respecto al ámbito geográfico tendremos que señalar que la conflictividad europea está orientada hacia el Este y el Sur, donde chocan las diferentes civilizaciones que han pugnado en suelo europeo por el dominio y hegemonía de los espacios estratégicos. Señalaba el profesor Huntington, de la Universidad de Harvard, que los conflictos del futuro tendrán bases fundamentales etnográficas, ideológicas y económicas, que producirán choques entre las civilizaciones supervivientes, en las grandes fallas cuyas trazas están precisamente en el sur y este europeos.

El choque de las civilizaciones que señala Huntington será el gran argumento para explicar las grandes líneas de la política internacional. De esta forma, las diferentes civilizaciones —en grande— y las diversas culturas

—en pequeño—, parece que saltan a la arena del conflicto para defender sus raíces, atemorizadas por la ola de globalización que avanza inexorable sobre la humanidad. Así, los choques etnográficos van a originar muchos conflictos en las zonas que localizan los intereses históricos, sean éstos, eslavos, islámicos o los occidentales latino-sajones.

La explosión geopolítica que ha transformado Europa en este fin de siglo ha tenido repercusiones en todo el ámbito internacional y dado pase, en el conflicto general Este-Oeste, a la multiplicación de los conflictos bélicos, la mayoría de carácter internacional. Si tratamos de esbozar una tipología del conflicto, podemos recurrir a Mariano Aguirre, con la siguiente división de los conflictos complejos.

Las raíces de los conflictos son muy variadas. Conquistar el poder político o territorio son causas evidentes, pero la guerra de fin de siglo es compleja en sus razones, manifestaciones y legitimaciones. Según Michael Klare, de Amherst University:

- Conflictos regionales de potencias regionales en claro ascenso.
- Guerras por recursos naturales, por ejemplo, el agua, el petróleo, minerales estratégicos, etc.
- Conflictos separatistas y nacionalistas, con grupos étnicos que pretenden tener su propio Estado.
- Conflictos irredentistas por grupos que tratan de extender sus fronteras para abarcar territorios donde habitan comunidades afines.
- Luchas étnicas, religiosas o fundamentalistas que tratan de ganar influencia y poder dentro del mismo Estado.
- Guerras revolucionarias que tratan de imponer su ideología política en el suyo o en otros países de la misma región.
- Luchas a favor de la democracia, el anticolonialismo, y las reivindicaciones indígenas.

A pesar de que los conflictos del entorno europeo de fin de siglo se inscriben en un contexto más regional y focalizado en los intereses de los Estados, se ha demostrado su situación en el escenario internacional, las luchas se han demostrado extremadamente violentas con la población civil. Según Pierre Garcin, periodista francés de prestigio internacional: las dinámicas grupusculares (que influyen y radicalizan la lucha), de identidad (que buscan sus raíces culturales), comunitarias (que buscan la unidad de sus grupos), nacionalistas (con el espíritu de conquista colectiva), autonomistas (veleidad equívoca de la soberanía), independentistas (con

ambiciones políticas declaradas). Estas aspiraciones se apoyan en las reivindicaciones territoriales la mayoría de las veces.

La violencia desatada en los conflictos actuales, no se debe sólo a la ferocidad de los combatientes, muchas veces guerrilleros jóvenes, pueblos embarcados en luchas atávicas como los sudaneses, eritreos, ruandeses o afganos. También hay situaciones de conflictos más próximos que demandan una solución política interior, como el caso de Argelia, o exterior, como sucede con la población saharui que todavía no ha alcanzado su estatus político.

Los Estados desorganizados se prestan a una conflictividad de aspectos irregulares y de difícil control. Fue Butros Gali quien señaló que los conflictos actuales implican no sólo a los ejércitos regulares, sino también a paramilitares, milicias y civiles armados que practican una guerra totalmente irregular, en la cual la mayoría de las víctimas son civiles. En la Segunda Guerra Mundial, el 50% de las víctimas eran civiles, ahora esta cifra llega al 90%.

Son estas guerras civiles mucho más cruentas, porque el mercado de armas se vuelca en ventas de toda clase, generalmente con armamentos de segunda mano. No funcionan las autoridades que no protegen a la población, a la que muchas veces son los primeros en masacrar, para llamar la atención internacional. Así surge el bandolerismo y el caos en este tipo de naciones que se debaten en la anarquía, mientras que columnas de refugiados huyen de sus propios conciudadanos.

Las organizaciones europeas de seguridad y defensa

El escenario europeo, donde se han librado dos guerras mundiales en este siglo y en el cual ha habido el mayor despliegue de fuerzas nunca conocido, ha quedado con el fin de la guerra fría, jalonado por una serie de organizaciones que se ocupan de la seguridad y defensa en distinta medida y modo. Así, la Organización de Naciones Unidas (ONU), la OSCE, la OTAN y la Unión Europea-Unión Europea Occidental (UEO), ofrecen diversas capacidades para contribuir a las misiones de paz, crisis o guerra, en aplicación de la doctrina expuesta en la Agenda para la Paz, de Butros Gali. Pero también la OSCE (antes CSCE) ha contribuido a la paz y seguridad europea con la doctrina basada en los principios de Acta de Helsinki que entre los años 1975 y 1990 sirvió para neutralizar las amenazas de la guerra fría. Por su parte, las dos Organizaciones defensivas

(OTAN, UEO) han contribuido a la seguridad europea, a través de la defensa colectiva.

Si en tiempos de la guerra fría, la ONU no tuvo capacidad alguna para intervenir los conflictos bélicos, porque el Consejo de Seguridad estaba bloqueado, a causa del veto de las potencias mayores que se alineaban de la cooperación entre naciones para ejercer acciones pacificadoras. En los conflictos que se están produciendo en esta década, como es el caso de la antigua Yugoslavia, el Consejo de Seguridad ha emitido sucesivos mandatos que facilitaron la intervención de las fuerzas de la comunidad internacional. Pero si entre los años 1991 y 1995 no hubo problemas con el veto de las grandes potencias, posteriormente en el conflicto de Kosovo, Rusia y China han adoptado actitudes distintas que han dificultado las posibilidades de actuación de las naciones occidentales que no encontraron el respaldo para las operaciones aéreas de castigo a Serbia.

Este cambio de postura de las potencias orientales pudiera ser debido al reforzamiento del eje ruso-chino, posiblemente provocado por la ampliación de la OTAN hacia el Este, incluyendo en la Alianza Atlántica a países del antiguo Pacto de Varsovia. Pero no debemos olvidar el precedente de la guerra de Corea (1950) cuando ante el veto soviético en el Consejo de Seguridad, se acudió a la Asamblea General para conseguir la autorización del uso de la fuerza, cosa que fue posible. Esta cuestión volvió a ser repetida en el año 1954, en el conflicto de Suez, por el veto de Francia y Gran Bretaña.

Es evidente que ante la multiplicación de conflictos que padece la humanidad en el fin de siglo, la ONU se muestra incapaz de acudir a todos ellos con la misma intensidad. Por ello parece lógico, y así lo ha anunciado el secretario general que descansará en las organizaciones de seguridad, de carácter regional como la OSCE. Precisamente a esta Organización se han ofrecido tanto la OTAN como la UEO para cumplir misiones de pacificación de conflictos.

La OSCE goza de amplia experiencia en el ámbito político y diplomático para las negociaciones de paz, ha participado en los conflictos de Chechenia, Bosnia y Kosovo, con el envío de observadores militares que los bandos beligerantes han respetado como representantes de una organización neutral. Pero su actuación se mueve en todo caso en el ámbito de la negociación y mediación para alcanzar las condiciones del alto el fuego o tregua que faciliten la iniciación de un proceso de paz.

Cuando una agresión en curso o inminente, haga necesaria la intervención de las fuerzas previstas en el artículo 43 de la Carta de Naciones Unidas, tendrán por misión lograr el alto el fuego y mantenerlo. Las acciones militares contarán con la capacidad de imponer la paz, con unidades que serán proporcionadas por los Estados miembros, con militares voluntarios. Para ello se necesita un mando del Consejo de Seguridad que requiera la imposición de la paz primero y sea capaz de mantenerla después.

Pero la seguridad europea tiene una mayor referencia a los asuntos político-militares en los principios rectores y valores comunes del Acta Final de Helsinki, la Carta de París y el Documento Final de Helsinki, de 1992. En ellos, los Estados firmantes reconocen la seguridad de cada uno de ellos está vinculada a la de todos los demás.

La función de la OSCE, respetando la igualdad soberana de todos los Estados, es promover las relaciones en materia de seguridad por la cooperación europea y transatlántica, con iniciativas laterales y multilaterales. Es por ello que esta Organización encauza las medidas de solidaridad internacional en el ámbito europeo ante una amenaza que pueda afectar a la estabilidad regional. Los documentos señalados en el párrafo anterior, incluyen el compromiso de no recurrir a la amenaza o el uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o de cualquier otra forma de agresión incompatible con lo expresado en la Carta de Naciones Unidas. Sin embargo, se reconoce el derecho a la legítima defensa individual o colectiva, así como a pertenecer a las organizaciones de seguridad conforme a sus intereses nacionales.

Las dos organizaciones internacionales que en el ámbito europeo son capaces de proporcionar fuerzas para operaciones de paz o de guerra, son la OTAN y la UEO, en mayor o menor medida. Ellas recogen la necesidad de aportar unidades de los países miembros, previstas en la UEO desde la reunión de Petersberg en el año 1992, según que Estados Unidos quiera o no participar en este tipo de operaciones de paz, que en su caso podrían tener que utilizar los medios que le proporcione la Alianza. Para este evento se diseñó el concepto de empleo de fuerzas conjunto-combinadas en la Cumbre de Bruselas de 1994, y dejó establecida la posibilidad de que estas unidades multinacionales pudieran ser empleadas por la UEO bajo mando europeo.

El Nuevo Concepto Estratégico aprobado en Washington el pasado 24 de abril, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Alianza Atlántica,

comprende unos principios de actuación de la OTAN que no resultan tan nuevos, puesto que todos ellos estaban siendo considerados anteriormente.

Las cuestiones que revisten esta relativa novedad se pueden reducir a cuatro: las intervenciones aliadas que responden a las misiones «no-artículo 5», la Identidad Europea de Seguridad y Defensa (IESD); el «diálogo mediterráneo» y los riesgos no militares de la seguridad.

Las misiones «no artículo 5» contemplan la posibilidad de afrontar conflictos tipo crisis que puedan afectar a la seguridad de los países miembros, por la posible inestabilidad de la región euroatlántica.

La IESD tuvo su respaldo definitivo en la Cumbre de Madrid, en julio de 1997, en la que la OTAN aceptó que la UEO pudiera preparar y conducir ciertas operaciones bajo mando europeo, utilizando el mecanismo de Fuerzas Operativas Conjunto-Combinadas (FOCC). Esto significaría que en una crisis de interés exclusivo europeo, la OTAN descargaría la responsabilidad en la UEO, pero utilizando los medios de mando, apoyo y control de la Alianza.

El «diálogo mediterráneo» conlleva el reconocimiento de que la seguridad europea está ligada a la estabilidad del área mediterránea, lo que se pretende conseguir fomentando medidas de cooperación política y militar. Estas líneas de acción se han venido desarrollando en forma bilateral con Israel, Jordania, Egipto, Túnez y Mauritania, desde el año 1995.

Finalmente, el Nuevo Concepto Estratégico de la OTAN contempla factores de carácter no militar pero que afectan a la seguridad de la Alianza Atlántica. Por ello señala especialmente contramedidas para neutralizar los riesgos que provengan del terrorismo, el crimen organizado, las crisis de recursos estratégicos y los movimientos masivos de población.

El nuevo papel de las Fuerzas Armadas

No cabe duda que las misiones que vayan a asumir los ejércitos en la primera década del siglo XXI dependerá de varias premisas y factores sobre lo que haremos unas reflexiones básicas que sirvan para establecer unas conclusiones, como respuesta a cual será el nuevo papel de las Fuerzas Armadas.

Premisas

1. Que nos vamos a referir a los ejércitos del ámbito occidental, sin especificar, nación o tipo de unidad terrestre, naval o aérea.
2. Que las predicciones deben basarse en términos reales, sin aventurar confusiones de aplicaciones tecnológicas superavanzadas.
3. Que las Fuerzas Armadas en los países democráticos se ven sometidas al influjo de la opinión pública, que se preocupa más por las operaciones de paz y no presta demasiada atención a los temas de seguridad y defensa.

Factores

Teniendo en cuenta estas premisas, podemos considerar que los temas de la defensa se ven sometidos a cierto margen de factores imponderables, dependientes de los programas políticos y de las circunstancias estratégicas ambientales, que en los tiempos actuales son cambiantes.

Debemos reconocer los riesgos que supone la tarea de predecir el futuro, aunque sea a corto plazo. Nos limitaremos por ello a reconocer las tendencias factoriales referidas a los factores más influyentes.

LOS FACTORES TECNOLÓGICOS

La sociedad de comunicación está viviendo una revolución tecnológica que también afecta a los ejércitos. Éstos se ven en la necesidad de incorporar los avances tecnológicos a la organización militar, lo que supone que a su vez cambios de doctrina.

Los principales sistemas de nuevas tecnologías militares afectan a las áreas de: la información, de comunicación, de Procesado de Datos en Forma Automática (ADP), la vigilancia de los teatros de operaciones de tiempo real, por la utilización de satélites; la aplicación de las tecnologías *stealth* que dan capacidad de no detección de radar y la inclusión de las Municiones de Guiado de Precisión (PGM) que han mejorado la capacidad de hacer blancos más efectivos. En general, las tecnologías que van a tener gran repercusión en la ciencia militar, por su desarrollo en la sociedad civil son aquellas que se refieren a las áreas de información y la comunicación.

LOS FACTORES ECONÓMICOS

Las dificultades presupuestarias de la defensa provienen de que la opinión pública no ve la necesidad de mantener las fuerzas militar en su nivel

óptimo, porque no sienten amenazas reales, y el aumento de los costes, tanto en personal como en material, y la modernización para adaptarse a las nuevas tecnologías requiere enormes gastos.

Ante esta situación presupuestaria de la defensa, los responsables tienen que enfrentarse al dilema de la elección equilibrada entre las necesidades de la organización militar y las disponibilidades económicas. Esta problemática se presenta como asignación de grandes prioridades: personal o material, nacional o extranjero, tierra, mar o aire, cantidad o calidad, convencional o especial.

La aplicación presupuestaria de la defensa constituye un problema de hondo calado político, por la necesidad de atender a los compromisos internacionales, por el prestigio que supone la actuación nacional en el exterior y la necesidad de mantener una Defensa Nacional eficaz.

LOS FACTORES HUMANOS

La problemática de personal para cubrir las plantillas de la defensa, se complica a medida que aumentan las exigencias de la selección, formación y promoción de los militares.

Las necesidades de la alta especialización militar requiere que la motivación del personal sea recompensada con el reconocimiento moral y material. En caso contrario, será muy difícil evitar los traspasos de personal a mejores posiciones de la vida civil, en todas las escalas de tropa, suboficiales u oficiales.

Esta problemática de personal está siendo afrontada en muchos países con el empleo de personas civiles en aquellos puestos que no requieran una práctica militar estricta. También se palián los problemas de personal con un mayor empleo de las reservas bien organizadas y dotadas.

LOS FACTORES POLÍTICOS

La política de defensa tiene hondas repercusiones en los ámbitos nacional e internacional, si bien hay que reconocer que en los tiempos que vivimos, ambos conceptos están cada vez más entrelazados, hasta el punto que llegan a confundirse. En este sentido, podemos referirnos a una serie de interrogantes que tendrán que ser resueltos en los próximos años:

— ¿Cuál será el futuro peso europeo en la estructura militar de la Alianza Atlántica?

- ¿Llegará en algún momento a tener la Unión Europea una organización eficaz de la defensa?
- ¿Conseguirá mantenerse la actual situación nacional de los conflictos periféricos por mucho tiempo?
- ¿Persistirá la tendencia al empleo de fuerzas multinacionales o se volverá a renacionalizar la defensa?

Conclusiones sobre las nuevas misiones de los ejércitos

Las Fuerzas Armadas del siglo XXI serán —evidentemente— durante la primera década, las mismas que existen en la actualidad, sometidas a los lógicos cambios reestructuraciones y modernizaciones que se están verificando en los ejércitos para adaptarlos a la nueva situación internacional que vivimos.

En función de las premisas y el desarrollo de factores que hemos visto anteriormente, podemos establecer que las nuevas misiones de los ejércitos, no son tan nuevas, pero se observan las tendencias siguientes:

- Estarán influenciadas por la evolución del proceso de Unión Europea que se verá obligado a prestar mayor atención a los temas de defensa y seguridad, y asumir mayores responsabilidades en el empleo de la fuerza.
- En función de esta previsión política los efectivos militares de las naciones europeas prestarán mayor atención a la cooperación internacional, lo cual exige una alta cualificación de idiomas, tecnología y motivación.
- Los ejércitos que van a cooperar con unidades de países de un alto desarrollo tecnológico, requieren un esfuerzo para ponerse a nivel y por ello, tendrán que especializarse en campos a los cuales puedan acceder con mayor facilidad.
- En general, las nuevas tendencias de las misiones militares irán dirigidas a:
 - Mantener la vigilancia de los espacios de interés nacional o internacional, para facilitar información a los responsables, políticos y militares.
 - Obtener una capacidad de movilidad estratégica de larga distancia y táctica en el campo operacional.
 - Alcanzar un nivel tecnológico apropiado a los nuevos sistemas de armas, de alta precisión y potencia.
 - Organizar el apoyo logístico de abastecimiento y mantenimiento y reposiciones de personal y material, con previsiones de operaciones de altos consumos.

Dotar a las fuerzas de una mentalidad expedicionaria y capacidad de proyección.

La guerra en el siglo XXI

Para contribuir con una reflexión al tema de este estudio, comenzaremos por hacernos tres preguntas:

1. ¿Qué tipo de conflicto bélico es previsible?
2. ¿Cuáles han de ser las respuestas que deben prepararse en el ámbito de la defensa?
3. ¿Continúa siendo válido el concepto de guerra que expuso Clausewitz?

Para contestar a las dos primeras preguntas he consultado tres informes de procedencia norteamericana, británica y española que señalo en las referencias bibliográficas; he procurado mantener mis observaciones en el nivel operacional, conjunto-combinado pues no se puede concebir que se preparen operaciones de un solo ejército en un conflicto, con exclusión de los otros, y sin contar con los apoyos de los órganos conjuntos de la defensa, sean de inteligencia, apoyo logístico o de Estado Mayor.

Pero comencemos por la tercera pregunta. El famoso estratega alemán considera la guerra como un acto de fuerza para imponer la voluntad al contrario y también, que la guerra es siempre un acto político. Estas dos afirmaciones son rigurosamente ciertas, a pesar de los cambios que se han producido en la humanidad; no obstante los avances que se observan en las relaciones internacionales y en los desarrollos tecnológicos que han hecho del mundo el espacio interrelacionado en que vivimos, es evidente que la guerra como expresión última del conflicto violento, sigue siendo posible, aunque cada vez menos probable, como guerra declarada entre Estados.

Dada la enorme capacidad destructiva que caracteriza el potencial militar actual, con la capacidad de alcanzar el umbral nuclear, hace que la guerra total tenga niveles de contención máximos, ya que el rechazo a la guerra nuclear es opinión generalizada y los líderes políticos no están dispuestos a asumir los riesgos de este tipo de guerra sin el apoyo popular.

Esta condición ha hecho que el valor de la disuasión haya disminuido notablemente y así, sólo se pueden producir enfrentamientos bélicos en el ámbito convencional, aunque intervengan potencias nucleares, aún en el caso tan extremo como es el conflicto de India-Pakistán o los casos de Irak con Estados Unidos o de Rusia con Chechenia.

El conflicto de Kosovo, nos confirma lo anterior, y que para imponer la voluntad al contrario, se puede intentar no tener que llegar al combate terrestre, aunque éste deberá estar preparado y asumido como un empeño mayor, con los riesgos que ello implica. Pero tales casos pueden conducir a que, mediante la aceptación de condiciones impuestas, se llegue a obtener una prolongación del conflicto que favorece al perdedor, que empleará la estrategia de ganar tiempo, en espera de que condiciones más favorables.

La campaña de Kosovo se nos muestra como la confirmación de lo que fue la llamada guerra del Golfo contra Irak entre una gran fuerza expedicionaria de medio millón de soldados (1991) y un gran ejército nacional desplegado en defensiva con 22 divisiones. La superioridad tecnológica proporciona una ventaja estratégica que facilita la capacidad de conseguir la iniciativa, factor fundamental para conducir las operaciones hasta el final.

Sin caer en fáciles triunfalismos o derrotismos que han llenado páginas, después del fin de los bombardeos que doblegaron la voluntad de Milosevic, podemos reflexionar sobre esta estrategia aliada, basada en conjunción de esfuerzos multinacionales, apoyados en una enorme superioridad tecnológica. Mientras que la otra parte no le queda más estrategia que la defensa a ultranza, con una postura victimista para resistir el castigo, a la vez que trata de conseguir apoyos de la opinión pública internacional mostrando sus sufrimientos. Mientras tanto reserva sus fuerzas que al final servirán para seguir manteniéndose en el poder.

En el teatro de operaciones de Kosovo se emplearon con el esfuerzo principal los medios aéreos de ataque y bombardeo de largo alcance, los aviones B-52, B-1 y B-2 que lanzaron bombas guiadas JDAM (*Joint Direct Attack Munition*) y compitiendo con los misiles *Tomahawk* lanzados desde plataformas navales. Dos armas que comparadas en efectividad arrojan resultados parecidos, ambas produjeron Efectos No Deseados (END), también llamados «errores colaterales», con el leguaje políticamente correcto del tiempo en que vivimos. Pero la cuestión económica pone mucha ventaja en el platillo de las bombas, pues mientras que éstas cuestan tres millones de pesetas por unidad, los misiles valen 160 millones. (*Revista de Enseñanza de Defensa* números 137/138). Por otro lado está claro que la aviación requiere superioridad aérea en la zona, mientras que el despliegue naval es más seguro. Además, en Kosovo, lo mismo que en Bosnia fueron utilizados con profusión los avio-

nes estacionados en la base de Aviano, F-16 y F-18 entre otros que rindieron al máximo en la batalla aérea. El propio general Lombo (jefe del Estado Mayor del Ejército del Aire) señalaba las ventajas del empleo de poder aéreo en esta campaña (*Revista Española de Defensa*, mayo 1999): 32.000 salidas sin una sola baja propia; 40.000 armas lanzadas de las que sólo 15 produjeron END.

Sin embargo, no debemos pasar por alto que las fases de la guerra requieren la ocupación de fuerzas terrestres y navales, pues en otro caso, como ocurrió en Irak, los conflictos permanecen latentes y en cualquier momento pueden volver a abrirse, porque fueron cerrados en falso.

La guerra continúa siendo una cuestión de intereses por los que se lucha, siempre que existan posibilidades de alcanzarlos. Pero los políticos tienen claro cuando hay que abandonar la lucha y empezar las negociaciones. Por eso, todos los países refuerzan sus defensas con alianzas, aunque éstas nunca van a substituir sus condiciones defensivas nacionales. La seguridad nacional se vincula así con la seguridad exterior y por eso, cuando se produce un conflicto, se internacionaliza rápidamente.

La guerra del siglo XXI aparece así ubicua y compleja, pero ya podemos entrever, por los datos de los conflictos de fin de siglo, como serán los de la primera década del 2000 en sus ámbitos político, estratégico, operacional y técnico. También Clausewitz nos advirtió que:

«Cada tiempo tiene su forma peculiar de guerra... cuando uno tendrá también su propia teoría de la guerra... y quienes deseen entender la guerra tienen que dirigir su mirada atenta a los rasgos de la época en que se vive.»

Pero cada vez está más claro que la guerra ya no produce entre las sociedades industriales avanzadas; más bien se pueden esperar los conflictos bélicos en las naciones de otros niveles de desarrollo. Se están produciendo los conflictos bélicos periféricos en las naciones subdesarrolladas o bien en países en vías de desarrollo. Son guerras civiles entre facciones internas de los países del Segundo y Tercer Mundo. Pero hay que contar siempre que las intervenciones humanitarias o interesadas del Primer Mundo en forma de coaliciones.

Recién acabada la guerra fría, cuando aún sonaban los clarines triunfalistas de quien proclamaban el «Fin de la Historia», volvieron a tronar los cañones en las arenas rojas del desierto árabe, cuando en el año 1990 Irak invadió Kuwait.

La crisis del Golfo desató una nueva forma de guerra que nos va a servir de modelo, aunque aún con unas condiciones distintas, la intervención se ha vuelto a repetir en el conflicto yugoslavo. El empleo del poder aéreo masivo para «ablandar» la voluntad del adversario, mientras se organiza la concentración para una intervención terrestre, se mantiene un bloqueo marítimo y se ofrecen condiciones a la negociación diplomática.

Al adversario sólo le queda, ante la superioridad aplastante de lo que se le viene encima, adoptar la estrategia defensiva y resistir los golpes fríos y calculados que sistemáticamente le van destruyendo sus defensas militares y políticas. Pone su esperanza en ganar la compasión de la opinión pública internacional adoptando la postura victimista y proclamando la dureza del castigo.

Junto a estos conflictos periféricos, podemos esperar que se produzca otro tipo de guerra ubicua y oscura sin frentes claros, es la guerra que discurre por las alcantarillas del poder político y económico y se libra de muchas formas que no llegan al gran público. Es la guerra que utiliza la inteligencia para conocer las tramas terroristas, de la droga o de la delincuencia organizada, para llevar hasta los centros de mando y desorganizar sus planes y objetivos. Por eso de vez en cuando, sorprenden reacciones de aplicación del poder militar contundente, que tratan de demostrar una determinación de represalia, como fueron los casos de bombardeos americanos sobre Sudán y Afganistán, después de la destrucción de sus embajadas en Tanzania y Kenia, con 263 muertos.

En la guerra ubicua, no declarada, unos ponen bombas para demostrar su poder y capacidad, mientras que los otros con lo que Raimon Aaron llamó «la sorpresa tecnológica», son operaciones de baja intensidad que requieren tiempo y momento oportunos, precisión matemática y apoyo logístico. Por ello, este tipo de operaciones tienen que estar basadas en una preparación exhaustiva y un conocimiento preciso de la situación.

Bibliografía

- AGUIRRE, M.: «Los conflictos a fin de siglo», *Le Monde Diplomatique*. París, mayo 1999.
- ALVIN T.: *Las guerras del futuro*. Edición Plaza y Janes. Madrid, 1994.
- GARCI, T.: «Los nuevos conflictos armados», *Defence Nationale*. París, 1998.
- Informe Anual Estratégico del INNS*. Washington, 1998.
- Libro Blanco de la Defensa*. Reino Unido, 1998.

Revista Española de Defensa. Mayo, junio y julio 1999.

VAN RIPER, P.: «La guerra en el siglo XXI», *Parameters*. Otoño 1997.

VON CLAUSEWITZ, C.: *De la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid, 1978.